



PLANETA

CONTEMPORÁNEO

NI UN PASO ATRÁS

ENRIQUE PATIÑO

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

© 2014, Enrique Patiño

© 2015, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4722-3

ISBN 10: 958-42-4722-0

Quinta impresión en esta edición: marzo de 2020

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

ENRIQUE PATIÑO (biografía)

Nació en Santa Marta. Observó el mar desde la tienda de sus padres hasta los dieciocho años, cuando salió a recorrer el mundo. Dentro del periodismo se ha desempeñado como redactor y editor en *El Tiempo*, *Semana*, *Diners*, *Financial Times Deutschland* y el Ministerio de Cultura. Ganó el premio de la Sociedad Interamericana de Prensa a Mejor Crónica de las Américas y su blog (*El agua y la sed*) fue seleccionado entre los mejores en español en los Deutsche Welle Blog Awards. Hoy combina la fotografía con la literatura y el periodismo. Es el autor de la novela *La sed*.

*Era preciso que cayera sobre mí una chispa
para hacer brotar el fuego.*

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

*No debemos amar a los hombres, sino a la llama
que no es humana y que los hace arder.*

NIKOS KAZANTZAKIS

Era una llama al viento y el viento la apagó.

PORFIRIO BARBA JACOB, «Futuro»

*La verdadera nobleza, ahora lo sé, es esto. Es caminar
toda la vida con pasos atinados, con pasos que te salen del
corazón. Es que tus actos estén de acuerdo con tus ideas,
aunque el precio sea alto.*

ROSA MONTERO, La historia del rey transparente

*Necesitamos la esperanza
para que nuestra alegría sea perfecta.*

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

Llamo a los campesinos olvidados en la soledad y el abandono de sus campos lejanos; a los compatriotas indígenas atropellados en lo más íntimo de su identidad y de sus demás derechos; a las clases medias, presente y futuro de la nación, y a los obreros. Llamo a quienes han entrado o entrarán en la tercera edad en los próximos años en medio del desorden del sistema de previsión social; a los escépticos y a los optimistas; a quienes conservan la fe y la esperanza y en especial me dirijo a quienes la realidad actual de la sociedad colombiana ha obligado a marginarse de la vida nacional de forma dolorosa y valiente. Los invito una vez más a reconsiderar su actitud y a participar, con todos nosotros, en la lucha por la construcción de una Colombia nueva...

LUIS CARLOS GALÁN, 1981

No espero nada. No temo nada. Soy libre.
NIKOS KAZANTZAKIS, Epitafio en su tumba

*Este hombre va a morir / Hoy es el último día de sus años.
/ Amanece tras los cerros un sol frío: / el amanecer nunca
más alumbrará su carne.*

MARÍA MERCEDES CARRANZA,
Poema 18 de agosto de 1989

*Para todas las víctimas de los tantos males
que hicieron prevalecer la oscuridad.
Es decir, para todos nosotros.*

CONTENIDO

1.....	13
2.....	29
3.....	47
4.....	63
5.....	83
6.....	105
7.....	127
8.....	151
9.....	171
10.....	189
Epílogo.....	219
Agradecimientos.....	225

1.

«¿Estoy solo?», se pregunta en el sueño. La inquietud asciende desde las profundidades del inconsciente y obliga a Luis Carlos a despertar sobresaltado, sobre las seis y treinta de la mañana, como un buzo necesitado de oxígeno, acezante y con un ligero brote de sudor en las sienes.

Se percata de que sus hijos han salido rumbo al colegio. Hace un rápido cálculo mental y recuerda que su esposa ya está en el trabajo. El silencio domina aún en el edificio ubicado frente al canal de Rionegro y es tan ligero como la capa de polvo que se asienta en los muebles altos donde no llega el plumero de la aseoadora. La luz tenue del sol que se perfila por las montañas del oriente se filtra a través de los ventanales y las claraboyas del sexto piso. Es todo tan frágil que basta su estremecimiento matutino para romper la calma.

Aunque ha dormido profundamente, la pregunta que cruzó su inconsciente le aguza los sentidos y lo pone alerta. Tiene la sensación de que su hijo Juan Manuel entró poco antes a su cuarto a recoger sus zapatos, una costumbre que el joven de dieciocho años recién cumplidos había

adoptado desde el día en que decidió sentarse en las noches a ver televisión en el sofá del cuarto de sus padres, en aquel nuevo hogar, hasta que el cansancio lo sorprendiera. De inmediato cae en la cuenta de que tanto él como sus otros hijos, Claudio y Carlos Fernando, ya se han ido a estudiar al Instituto Pedagógico Nacional y la súbita placidez de haber escapado del sueño se vuelve preocupación. Por él no teme, pero por ellos sí. Respira hondo. El profundo cansancio que mantiene por la intensidad de su agenda y el ritmo de su vida política lo atenazan a la cama, pero es tan fuerte la sensación de zozobra que le ha dejado el despertar que se siente impelido a levantarse. Además, está acostumbrado a no detenerse: en los últimos meses no recuerda un solo día en que no despierte antes de tiempo con la profunda sensación de que la vida se le va y de que está a punto de arrastrar consigo a quienes ama. Solo que hoy esa pregunta pueril lo lastima. ¿Estoy solo?, vuelve a cuestionarse. E evade la contestación pensando que no tiene tiempo para respuestas insustanciales. Y retoma el dominio tradicional de sí mismo.

En esa tregua previa que se permite antes de levantarse, Luis Carlos Galán repasa lo que le espera aquella jornada y recuerda haber anotado a mano, en su agenda, un almuerzo, una reunión en la sede de la campaña de un candidato a la Alcaldía de Bogotá y, para el final de la tarde, el compromiso de asistir a la plaza pública de Soacha, un antiguo poblado de los indígenas muiscas que había terminado siendo devorado por el crecimiento urbano de Bogotá justo la década anterior. Al frente del compromiso anotado con

su letra veloz de trazos en fuga había puesto un signo de interrogación. Pocas veces dudó tanto si ir o desistir de un evento público. Además, no le gustaban los interrogantes. En los discursos de sus anteriores catorce años de vida política no los incluyó nunca porque prefería la resolución a la incertidumbre. Pero la duda lo asaltó a lo largo de toda la semana y no supo ni sabe aún cómo librarse de ella.

Entiende a lo que se enfrenta si finalmente asiste. Durante la semana, algunos de sus más cercanos colaboradores, como Iván Marulanda, le rogaron que se fuera del país ante las amenazas crecientes por parte del narcotráfico. Gloria, su esposa, le pidió con insistencia cambiar sus métodos y abandonar la plaza pública, solo para encontrarse una y otra vez ante la barrera infranqueable de su negativa. Vio en la expresión abatida de su esposa la rendición final ante el muro que él imponía y entendió que ella ya no lo desafiaría más.

Luis Carlos se sabía inamovible en sus posturas éticas y más en ese momento de su vida. Nueve años atrás había sido elegido concejal de Bogotá y durante ese periodo, y paralelamente como senador y candidato presidencial, fue varias veces al municipio vecino, ubicado a doce kilómetros de su apartamento del barrio El Country. Era consciente de que Soacha era un pueblo condenado a ser engullido tarde o temprano por la metrópoli, en especial cuando en los últimos diez años pasó de tener unos escasos veintiocho mil seres dispersos por la sabana suroccidental y conectados por una línea de ferrocarril a convertirse en un lugar donde ciento sesenta mil almas se hacinaban, ansiosas de

soluciones, ya sin tren, y conectadas apenas por una única vía principal de acceso terrestre. Lo esperaba la incomformidad y el desarraigo, pero también esa espontánea manera de ser de la gente que olvida lo que es formar parte de un plan de desarrollo o de gobierno: esa intensidad con que vivían la ilusión de su campaña, como quien tras años de olvido de repente encuentra alguien que recuerde su nombre. No se sentía capaz de decepcionarlos.

Cierra de nuevo los ojos. Percibe la luz intensa del alba del 18 de agosto, en una época del año en que el sol sale más temprano y las mañanas son nítidas, aunque los amagos de lluvia se habían hecho notar con insistencia. En ese 1989 llovió 229 días, y durante 112, la niebla cubrió la sabana ubicada a 2.600 metros sobre el mar. La ironía de ese año de cielos cubiertos es que aquel no es un día de niebla ni de aguaceros violentos. La claridad de la mañana hace prever que la cita que tiene a las ocho de la noche en Soacha no será interrumpida por el mal clima.

Pero sí es enturbiada por un mal presagio. Luis Carlos lo siente como una punzada en el pecho, una mezcla de desasosiego y mal sueño que le impide respirar a plenitud. ¿La pregunta de nuevo?, piensa. Se dice que ya la espantó. Pero es algo nuevo, tan impreciso y vago a esa hora de la mañana como los sonidos lejanos de los automóviles que ya han roto la fragilidad del silencio. Una sensación tan volátil como el canto de los copetones y de las mirlas que se escuchan en los árboles circundantes. Decide una vez más no hacerle caso mientras se despereza y prefiere creer que el suyo es el miedo natural de todo ser humano ante las ame-

nazas de muerte que ha recibido tanto él como su familia en las últimas semanas. En su fuero interno, supone que es algo más contundente. Algo realmente turbio que hace que aquel temor interno funcione como una alerta ante un día aciago. Igual, está dispuesto a enfrentarlo con la misma disposición con la que un funámbulo se asoma a un precipicio, decidido a cruzarlo sin importar las consecuencias.

En medio de ese segundo de duda, actúa como siempre hace: resolviéndose a favor de la valentía: «Al miedo hay que enfrentarlo», se dice. Irá a Soacha.

Reposa en el lado izquierdo de su cama. Su hijo mayor, Juan Manuel, de dieciocho años, quien ese año cursa el último grado en su institución educativa y está a tres meses de recibir su cartón como bachiller, le había dicho que él siempre se hacía en la centro izquierda, tanto en la cama como ideológicamente, un apunte genial de un hijo con el que recorrió medio país durante tres fervorosas campañas presidenciales. Animado por el recuerdo, decide erguirse y afrontar el día.

El salto le hace ganar energías. Pero ni aún después de lavarse la cara en el lavabo consigue tranquilizarse por los pensamientos sobre la seguridad de sus hijos. Ve el espacio en leve desorden donde durmió su esposa Gloria antes de irse sobre las seis de la mañana a dirigir el *Noticiero del Mediodía*. Camina por su habitación como solo su familia lo conoce: con un pijama de color marrón similar a las túnicas de los monjes carmelitas y con una camisa a cuadros sencilla que le regaló de cumpleaños Cecilia, su madre, y

que ya había cumplido casi once meses de uso. Tiene el cabello más despeinado que de costumbre y no puede quitarse de encima la sensación de haber dormido a medias.

Luis Carlos mira por la ventana del apartamento construido por un grupo de arquitectos amigos y trata de adivinar de cuál de las ventanas adyacentes lo observan. Es paranoia, quizá, pero no es improbable que lo hagan, a juzgar por la cantidad de veces que han interceptado su teléfono y por las características de la mafia de poner bajo vigilancia a sus objetivos. De hecho, en los días anteriores no había podido dejar de pensar en cuáles sonrisas de las tantas que le prodigan son falsas. Había venido sintiendo la presión de las amenazas hasta casi llegar al paroxismo y cada una de ellas la recibía con la contundencia de un bombo a milímetros de su cabeza por el simple hecho de que antes que dirigirse a él lo hacían contra los suyos. Ante su esposa y sus hijos hacía lo posible por aparecer tranquilo, pero el atentado que dos semanas atrás estuvo a punto de costarle la vida y la debilidad de su actual esquema de seguridad le minaban su temple interior.

No es extraño entonces que en esa mañana tranquila, en la que el sol ya se asoma por sobre las montañas orientales sin nubes, la pregunta del sueño y la sensación del presagio no le permitan respirar con naturalidad, por mucho que intente desviar aquella angustia pensando en otras cosas. Durante su rutina de baño se toma más tiempo de lo previsto para respirar hondo porque alcanza de nuevo a sentirse ahogado. Mientras ve cómo se filtran varios haz de luz por la cortina de bambulitas de la sala del apartamento

dúplex sin mayores lujos, se dice que todas las amenazas deben recaer sobre él y nunca tocar a su familia. A ellos no deben herirlos.

Para sacarse la zozobra, decide caminar hasta el apartamento de sus padres, situado en su mismo edificio y, además, en el mismo piso en el que reside, un logro que consiguió luego de negociar con los propietarios del inmueble. Ahora los tiene casi tan cerca como en los años en los que comenzó a labrar su destino.

Antes de visitarlos, pasa al lado de la que considera su mayor obra: su biblioteca personal. Se detiene como un padre ante el hijo que llega con un trofeo en sus manos: con un orgullo evidente que lo hace henchir el pecho y contemplar los varios centenares de volúmenes que ha logrado limpiar y organizar metódicamente después de dedicar varios fines de semana a dejar todo en su lugar. Avanza un par de pasos y redescubre desde una distancia prudente sus viejos textos de sus épocas de estudiante y algunos que aún conserva de su época de ministro, tomos impecables de pasta dura de artistas colombianos y también tratados políticos que no pudo evitar traer de su época como embajador en Italia. Están los discursos de Juan Lozano y Lozano, Gabriel Turbay, los textos prohibidos de Pierre Teilhard de Chardin y las obras revolucionarias de Nikos Kazantzakis, los escritores rusos que tanto le gustan a su esposa y las opiniones sobre historia de Jorge Tadeo Lozano y Germán Arciniegas. Ha agrupado sus pasiones por lo espiritual, la ciencia política y la economía, el manejo del Estado, la historia y la educación en grupos concretos,

aunque muchos libros siguen sin encontrar aún su espacio ante la cantidad que ha acumulado. También hay espacio para la literatura de sentido místico, héroes inmolados o decididos a batallar hasta el final de sus días contra el destino. Vibra ante la vista de ese remanso que le trae tantos buenos recuerdos. A la literatura aprendió a amarla gracias a las sugerencias de su esposa, mientras que su pasión por la historia y la política provienen de una época aún tibia en su memoria cuando su padre le leía a la luz de las velas y él se aventuraba a tomar los libros por su cuenta para descifrar aquellos signos. Admira todavía unos segundos más su biblioteca antes de dar dos pasos atrás. Mientras se aleja, aspira el aroma de los libros, ese perfume amargo y cálido de las páginas amarillentas y del polvo recién arrancado que alienta la nostalgia.

Afuera todo parece normal. En la planta baja vigilan los cinco guardaespaldas que lo custodian. Ve por la ventana, a la altura del patio interior de la carrera veinte, cómo el sol sigue su curso sobre el oriente y algunas personas trotan al otro lado de la calle, cerca del canal de Rionegro, donde una serie de senderos y un puente de estilo colonial unen los dos extremos, divididos por la quebrada de aguas heladas que baja desde los cerros orientales. El tráfico ineluctable de la capital reverbera ya en las avenidas. A pesar de la tranquilidad que le da la visión de la cotidianidad, su tensión no disminuye.

Hay un precedente para que se sienta así. A los minutos de mudarse a aquel apartamento, apenas después de recibir las llaves de su nuevo hogar unos meses atrás, re-

cibió la primera llamada amenazante de cientos que contestaría él y su secretaria, cuando se suponía que nadie sabía de su paradero. La primera, en medio de las paredes todavía desoladas y el espectáculo de las cajas amontonadas, fue para alertarlo de que sabían de sus movimientos y para atemorizarlo de entrada y dañarle la paz que buscaba. Otra llamada la captó sin querer cuando alzó el teléfono unos días más adelante y se dio cuenta de que su línea estaba chuzada; en esa ocasión, con habilidad, logró preguntar el origen de quién estaba al otro lado de la línea. Sin saber que era el mismo Luis Carlos Galán quien los estaba rastreando, le dieron el nombre del edificio Altos del Chicó, una propiedad del narcotraficante Gonzalo Rodríguez Gacha, conocido como «el Mexicano». Las pesquisas de las autoridades no le reportaron más datos y quedaron pronto enterradas en el olvido. Por eso la aparente tranquilidad le genera desconfianza. Se le asemeja a la calma antes de las tormentas.

Cruza adonde sus padres Mario y Cecilia por el corredor interno que también da al ascensor. Ambos lo reciben con el alborozo de todos los días y lo invitan a tomar desayuno. En su compañía se siente protegido y recupera el sosiego y parte de la inocencia de su infancia. Sus ojos azules claros, tan similares al color de la mañana que se abre limpia de nubes, ganan brillo ante ellos. También ante la presencia de sus hijos y de su esposa: en ese círculo mínimo familiar suele ser el mismo niño díscolo y lleno de energía de antaño, el protegido y el mimado, el bromista y hogareño Luis Carlos.